

flores otoñales ó como piedra en sinfonía de aguas tranquilas.

Después, los cánticos recobran su melodía y las sacerdotisas danzan una-danza evocadora de los días plácidos y hundidos».....

CAMPESINA

Sin pensar en las intrigas, de políticos parlantes, que en un día le impetraran, su modesta votación, vé el labriego sobre el lomo, de los bueyes caminantes, vadeando el riachuelo, con armónica canción.

Solo ansia de sus campos, los verdes invernales; la cosecha en perspectiva, le hace á veces sonreír, y al pensar en buenos años, sus henchidos lacrimales se desbordan á torrentes con las ansias del vivir.

Mientras tanto, la manchega, que le rinde sus amores, ha enviado los recuerdos de su tierno corazón, por aquél que solo espera, de sus campos, los verdes, vadeando el riachuelo con armónica canción.

Gonzalo GIL.



UN TESTIGO

La voz susurrante de los alguaciles, anunció la llegada de uno de los graves señores de la Sala, y á su paso, en las galerías, los curiosos, formando fila, saludaron respetuosamente.

Una puertecilla se abrió, al empuje de una mano, y dejó ver los estantes abarrotados de legajos, y papeles en las mosas, papeles en las sillas, papeles en el suelo, papeles en todas partes. Los escribientes no daban paz á la mano. Los procuradores tomaban notas. Un oficial pagaba dietas á gentes miserables. Y el Secretario, envuelto en flotante toga, con gafas montadas en la nariz, casi arrodillado en el suelo, hundía sus brazos en un montón de ropas, armas y objetos raros, y llevaba á la vista

tarjetas blancas, pegadas á los objetos como etiquetas, que luego confrontaba con un manuscrito.

De pié, en el primer peldaño de la escalera, dos hombres del campo miraban el revuelo oficinesco.

Abajo un reducido grupo, atento sólo á su conversación, formaba círculo en torno del más anciano. Junto á mi, una mujer alta y flaca, de vivo carmín los pómulos y pálido el resto de la cara, con flores grandes engarzadas en el pelo, caído sobre los ojos, miraba también al Secretario y á las escopetas, pistolas, puñales, cordeles que esto ordenaba.

Tras una pistola, apareció una guitarra. La pistola colgaba de la guitarra, como los madroños con que la gente alegre, engalana estos populares instrumentos. La guitarra no tenía cuerdas ni clavijas. Al chocar con el pavimento no dió la vibración retumbante de las cajas sonoras. En su centro, un agujero circular, ligeramente astillado indicaba el paso de una bala.

La mujer, miraba con más insistencia á la guitarra—en un tiempo locuela, entonces fúnebromente enigmática, caja de muerto, enlutada con los paños de la toga del funcionario, tendidos sobre el entarimado.

La mirada de aquella mujer me hizo pensar en otra mirada, de otra mujer—quizás como ella flaca y alta, pálido el rostro y los pómulos pintados, con flores grandes en el pelo, caído sobre los ojos—que tal vez en noche de orgía, en un figón oscuro y humeante, á ratos figón y á ratos lupanar, se clavó, inquieta y engañadora, en el infeliz *locador*.

Quizás él, alegre y animoso, festejaba un buen negocio, convidando á sus amigos en casa de la querida, y prodigaba los duros sobre la mesa de venta.

Tal vez ella le sonreía, con doblez, mientras su pensamiento volaba lejos de él; de él, bajito y barrigudo y entrado en años.

Quien sabe si aquella mirada, se tornó ansiosa é impaciente, se perdió en las tinieblas de un pasillo y en la otra sala acariñó á hurtadillas al jovenzuelo ajado, livido y pecoso, de ojos turbios y pelo raro, que